

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 240

Valencia, 29 de Septiembre de 1937

María Carbonell, 2

UN SOL-

dado logra desertar de las filas facciosas, y el capitán, al comunicar el hecho, "señala," el lugar donde reside el padre del libertado

JUSTICIA FASCISTA

DESPUES DE GINEBRA

La Sociedad de Naciones no está fuera de peligro

Y todo hace pensar que si se salva de la muerte la convalecencia será larga

«Si no pasará (la Sociedad de Naciones) del letargo a la muerte sin que nos demos cuenta.»

Terminábamos de esta manera un editorial anterior, en espera de que la Sociedad de Naciones pudiese, si supiera proponérselo, evitar ese peligro mortal.

No ha muerto. Aún se mueve. Lo prueba el sobresalto de Nyón. Y el tono firme de Mr. Delbos —inesperado— hace creer que los mismos médicos tienen todavía la pretensión de volverla a la vida, cuando parecía que estaban allí para cerrar los ojos piadosamente.

Pero no nos regocijemos demasiado. La Sociedad de Naciones no está fuera de peligro. Después de esos momentos de mejoría, ha tenido ya recaídas. Y todo hace pensar que si se salva de la muerte, la convalecencia será larga. Se querrá evitarle emociones. Y ahí está el peligro; por haberle evitado cuidadosamente toda emoción, ha estado a punto de morir y aún no se ha salvado. Lo que haría falta es un remedio heroico; y que se cure no recobrando lentamente la salud, sino de repente, mostrándose al punto llena de vida. Que resucite nueva; sin haber perdido la memoria.

Es un hecho que este milagro no se ha producido todavía. Europa, el mundo entero, tienen los ojos puestos en Ginebra. Se espera —¡con qué inquietud!— la próxima entrevista de Mussolini e Hitler, en la que puede jugarse la paz del mundo.

Hitler ha abandonado la Sociedad de Naciones; Mussolini la desprecia y la insulta. ¿Qué hace la Sociedad de Naciones? Espera los efectos de esta conjura. Se somete, si no a las decisiones tomadas, anunciadas y aplicadas por los dictadores, al menos al hecho de que éstos van a tomar y a anunciar estas decisiones. Entonces, quiza intervenga, cuando esté comprometido su prestigio, que es su razón de ser y su propia vida.

¿Qué hacen las grandes democracias, cuyo espíritu, aunque no su voluntad, reina en la Sociedad de Naciones?

¿Esperan que ocurra lo peor, para evitarlo?

¿O para deplorarlo? ¿O para someterse? Cuando la fuerza sirve para cerrar fuertemente los párpados, y la voluntad, para rechazar con firmeza las responsabilidades, ¿se cree con sinceridad servir a la paz?

(«Vendredí», 23-IX-937.)

COMENTARIO DEL DIA

El discurso de Alvarez del Vayo

El señor Alvarez del Vayo, miembro de la Delegación española en la Sociedad de Naciones, informó el lunes, como estaba anunciado, ante la Comisión Sexta de la misma. Asistían la mayoría de los jefes de las cincuenta y cinco Delegaciones. Francia estaba representada por Delbos y Blum.

Nuestro delegado pronunció un discurso claro y contundente. Sin vaguedades, sin afeites retóricos, llamando a las cosas por su nombre, pidió justicia para España. Su argumentación fué reciamente sólida. Exigió la aplicación del Pacto y puso en guardia a quienes lo violan, contra el peligro de las resoluciones inconcretas, que nada resuelven y todo lo agravan.

«¿Qué va a hacer el Consejo? —preguntaba—. ¿Va a contentarse con deplorar los hechos y exhortar al Comité de Londres?»

Eso fué lo que hizo en su anterior reunión. Y a la vista del mundo entero están las consecuencias. El Comité de Londres no ha servido sino para impedir que la España republicana, es decir, la única España legal y reconocida, pueda armarse.

En cambio, toleró, fingiendo que no se enteraba, que desembarca-

ran en nuestra patria grandes ejércitos extranjeros y que los facciosos recibieran enormes cantidades de material de guerra. Cuando la intervención de Italia y Alemania se manifestaba con más grande cinismo, sus miembros se dispersaban por playas y balnearios. Mayor prueba de indiferencia —o sea, de complicidad tácita—, no la registran los anales de la diplomacia.

Alvarez del Vayo estableció el dilema que tanto preocupa a la Asamblea y a su Consejo; dijo así:

«O la Asamblea se identifica con los agresores o reconoce que la No Intervención es una farsa. Y en este último caso tendrá que decidirse por el restablecimiento de la ley internacional en favor de España.»

Ni más ni menos. O la Sociedad de Naciones declara que lo que hacen en nuestro país Italia y Alemania es lícito y permitido y honesto y defendible, o afirma que ambas naciones cometen un crimen sin nombre. Se acabaron las navegaciones entre dos aguas. Pasó el período de las medias tintas. La prosa cancelleresca, engolada, invertebrada y difusa, no sirve ya. Negrin, Litvinoff, Fabela y Alvarez del Vayo, han tenido, en Ginebra, el lenguaje que hacia falta que tuviesen. Y a

ese lenguaje hay que responder más con actos que con palabras.

Luego, Alvarez del Vayo planteó el problema en toda su integridad a los Gobiernos francés e inglés, representados en la Sexta Comisión por algunos de sus miembros más conspicuos.

«En vista —dijo— de que este acuerdo de No Intervención no puede impedir la invasión de España por las tropas extranjeras, ¿continúan considerando Francia e Inglaterra que este acuerdo debe seguir siendo la ley internacional aplicable a España?»

El Gobierno francés ha amenazado con «reconsiderar» el acuerdo de No Intervención. Hasta ahora no pasó de la amenaza. Y el tiempo transcurre. Y los rebeldes siguen recibiendo cañones, municiones, aeroplanos, ametralladoras, fusiles y carros de asalto. Y los técnicos alemanes llegan todos los días a los puertos de Galicia y de Portugal, y los batallones italianos continúan desembarcando en Andalucía y Marruecos...

Mientras hablaba en Ginebra Alvarez del Vayo, Hitler y Mussolini visitaban juntos las fábricas de Krupp...

(«La Voz Valenciana», 28-IX-937.)

He aquí el interesante documento encontrado en Belchite, días después de su reconquista por las tropas leales:

«Excmo. señor Comandante jefe de las fuerzas del regimiento de infantería Aragón número 17, en Belchite.

A V. S. da parte el capitán que suscribe de que próximamente a las veintuna horas del día 29 del actual y en la posición del Pueyo Alto, desertó el soldado de esta unidad Domingo Alcoceba Esteban, llevándose el mosquetón serie Y, número 13.139, además de las prendas y equipo personal, significándole a V. S. que dicho soldado es de Recuerda (Soria), donde reside su padre, Mauricio Alcoceba Ropero.

Lo que comunico a V. S. A LOS EFECTOS PROCEDENTES, significándole que con la misma fecha se da parte del hecho al Excmo. señor Coronel del Regimiento.

Dios guarde a V. S. muchos años.—Belchite, 30 de marzo de 1937. — El Capitán (firma ilegible)...

* * *

La alusión criminal no necesita aclaración. El sistema fascista de terror es conocido de todos. El soldado X, a quien el terror mantenía en las filas facciosas, aprovecha la primera oportunidad para escaparse y unirse a sus hermanos en el Ejército Popular. Bien. El soldado X, logra desertar, pero en tal pueblo viven el padre o la madre, o los hermanos del soldado X. Y allí irán a buscarlos los verdugos fascistas para hacerles pagar con sus vidas el delito de tener un hijo, un padre o un hermano que se niega a ser traidor y a luchar junto a los enemigos de su patria.

Resultados del nazismo en Alemania

Uno de los aspectos más interesantes de la reunión militar de Nuremberg, fué el oratorio. Tanto Hitler como Goebbels y Rosenberg, pronunciaron discursos de sumo interés, en los cuales revelaron, una vez más, las pretendidas concepciones filosóficas en que se basa el régimen, citaron cifras en apoyo de los progresos realizados y dieron a conocer las crisis y los peligros que amenazan.

Otro día nos referimos al último discurso de Hitler, tal vez el más curioso de todos. Por hoy vamos a circunscribirnos a la glosa de algunas cifras. Afirman los panegiristas del régimen que el nazismo ha logrado liquidar casi totalmente el desempleo en Alemania. En enero de 1933, el número de los sin trabajo ascendía a más de seis millones; en julio del presente año, según las estadísticas gubernamentales, sólo monta a 563.000. Eso dicen los números. No conviene, empero, olvidar que la cifra citada no se refiere a los millares de alemanes que se encuentran en los campos de concentración.

Por otro lado, se asegura que la producción industrial ha aumentado considerablemente; y que el aumento ha coincidido con un disminución del consumo. «De los labios alemanes ha desaparecido la sonrisa», dijo hace poco un corresponsal. Las máquinas trabajan con rapidez y producen con exuberancia. Sin embargo, hay escasez de alimentos, admitida, en tono patético, por el mismo Canciller. El pueblo —la gran masa alemana— no saca provecho útil de la abundante producción industrial. Los salarios son los mismos de antaño; y cuando se trabajan horas suplementarias, las necesidades de la vida consumen forzosamente el sueldo recibido.

Las oficinas gubernamentales utilizan más de un cuarenta por ciento de los ingresos nacionales en objetivos patrióticos. Y los salarios más bajos pagan un veinte por ciento por concepto de impuestos. No es misterio para nadie que las industrias y la mayor parte del cuarenta por ciento de los ingresos nacionales son utilizados con fines guerreros. Se trata, pues, de una mercancía que no se vende. El Estado sostiene con su dinero las fábricas. Y es de sin ver que se va sin volver a entrar...

Mientras tanto, la deuda alemana ha seguido creciendo. Además de la ya admitida, de unos 32.542.000.000 de marcos, se asegura que el Gobierno ha contraído una deuda secreta de veintidós mil millones de marcos. Y no hay indicios de que las cosas cambien... Pues Hitler sigue empeñado en su preparación guerrera: acumula armas, disciplina tropas, y envenena el espíritu de la juventud con tesis absurdas de supremacía racial y de exaltación de la fuerza.

Alemania —el pueblo alemán engañado— está trabajando, consumiendo todas sus energías, y privándose de muchas cosas esenciales en aras de lo inútil, por no decir de lo monstruoso... Pues la ruta que ha escogido sólo lleva a la destrucción, a la ruina y a la vergüenza eterna.

(«La Voz», Nueva York, 15-7-937.)

Cataluña en la guerra de Independencia

La Universidad Industrial de Barcelona realiza la trascendental misión de capacitar técnica y socialmente a muchos miles de trabajadores

Una de las instituciones culturales más importantes de Europa es la Universidad Industrial de Barcelona, que depende directamente de la Generalidad de Cataluña y goza de verdadera autonomía.

Su edificio ocupa una superficie de 60.000 metros cuadrados y alberga los siguientes centros de enseñanza:

Escuela de Trabajo,
Escuela Industrial,
Escuela de Ingenieros Industriales.

Escuela Normal de Maestros, de la Generalidad, reconocida por el Estado.

Escuela Superior de Agricultura, Escuela de Enseñanza técnica por correspondencia, y

Dos grupos escolares.

Comprende, además, los «Servicios técnicos de Agricultura», el «Servicio Meteorológico de Cataluña», y una Residencia de estudiantes.

Todos estos centros, lejos de paralizar su labor durante la guerra, la han incrementado extraordinariamente, a pesar de que la necesidad de incorporarse a filas, por estar comprendidos en la edad militar, haya hecho que bastantes alumnos de los cursos superiores abandonen temporalmente sus estudios y trabajos académicos.

La Escuela del Trabajo es, sin duda, uno de los Centros que ha dado un paso más decidido en su progreso. Un régimen de justicia social ha de tender inevitablemente, a dar al obrero, deseo de perfeccionarse culturalmente, las máximas facilidades para alcanzar las directivas del trabajo. Al propio tiempo, la necesidad de una reconstrucción rápida y eficiente de nues-

tra economía, exige que la clase productora esté perfectamente capacitada para la tarea gigantesca que ya ha comenzado.

La Generalidad de Cataluña, y particularmente la Consejería y la Subsecretaría de Economía, han comprendido perfectamente este deber ineludible. También lo han comprendido los obreros catalanes, que en número crecidísimo acuden a matricularse en la Escuela del Trabajo.

—Hemos de prepararnos para producir más y mejor —nos ha dicho uno de los alumnos recién matriculados.

Es un mocetón, pero tiene solamente dieciséis años. Cansado de presentarse para ingresar como voluntario en las filas del Ejército Popular, donde por su edad no ha sido admitido, va a prepararse para ser lo más útil posible en el futuro.

—Pero no crean ustedes —advier- te—, que en julio ya hice lo que pude.

Se arremanga un brazo y nos muestra una cicatriz.

La Escuela del Trabajo es un centro de formación profesional obrera, donde los trabajadores hallan, no sólo los estudios técnicos complementarios de sus respectivos oficios, sino medios suficientes para adquirir una cultura general y para poderse desenvolver con mayor facilidad, rendimiento y provecho.

Los tres edificios de la Escuela ocupan una superficie total de 19 mil metros cuadrados. Y, lejos de ser un negocio lucrativo para el Estado, como era, en general, la enseñanza en tiempos de la monarquía, cuesta anualmente un millón de pesetas a la Generalidad. El pueblo catalán ve que en su pre-

puesto hay un gasto que, aunque a simple vista parece, económicamente, suntuario, es el más reproductivo de cuantos pueden realizarse.

Cataluña, en su lucha contra el reaccionarismo centralista, absorbente, defendió este órgano de su propia vida con fructífero empeño, y hoy se encuentra felizmente, en disposición de poderle dar un formidable impulso.

El Subsecretario de Economía de la Generalidad, señor Ruiz Ponseti, era, antes de ocupar este cargo, y sigue siendo ahora, Director de la Escuela.

He aquí la exposición de sus nuevos proyectos:

—La transformación principal que experimentará la Escuela al iniciar en octubre sus tareas, será hacer posible el cambio de turno de trabajo. Hasta ahora, las clases se daban de siete a nueve. En adelante, habrá, además, otro turno de alumnos que asistirá a las explicaciones del profesorado y realizará estudios prácticos, de cinco a siete de la tarde.

Y esto ha dado lugar a una gestión que ofrece un aspecto social interesante. Como es sabido, la mayoría de obreros y aprendices no está libre de su trabajo a las cinco de la tarde. Si todo continuase como hasta ahora, resultaría nuestro propósito impracticable, pues a la Escuela suelen ir solamente jóvenes que viven de su jornal. Pues bien; para que no se vean privados del perfeccionamiento técnico a que tienen derecho, ni de una parte de su jornal, necesario para su sustento, hemos recabado del Gobierno la publicación de un decreto por el que se considere obligatorio para fábricas, talleres, etcéte-

Para asistir a las reuniones de las Cortes llegan a España los diputados Miguel Maura, Portela Valladares y Solá Cañizares

BARCELONA. — Llegaron a esta capital los diputados a Cortes don Miguel Maura, don Manuel Portela Valladares y el señor Solá Cañizares, que se dirigen a la capital valenciana con objeto de tomar parte en la reunión del Congreso de los Diputados.

En la frontera fueron recibidos por representantes de la autoridad.

ra, el conceder permiso a los obreros durante esas horas, sin que por ello sufra merma alguna su jornal.

De esta manera, el número de alumnos, que durante el curso pasado fué poco mayor de 3.000, alcanzará la cifra de siete mil.

Para el acceso a la Escuela, es necesario demostrar una capacidad suficiente. Al efecto, existe una prueba de ingreso. El número de solicitantes que desean seguir los cursos, es asombroso. Esa ha sido, en realidad, la razón de la ampliación y será en el futuro el punto de partida para nuevos proyectos, a cuya solución no puede llegarse en la actualidad. De todas maneras, duplicar el número de alumnos significa un esfuerzo gigantesco y sólo se ha adoptado esta medida después de calcular escrupulosamente la posibilidad de su aplicación práctica.

No es ésta la única transformación que experimentará la Escuela. Otras no menos importantes están en vías de realización. El señor Ruiz Ponseti nos lo explica:

—También hemos introducido algunas variaciones en la orientación de las enseñanzas, que hemos procurado hacer lo más prácticas posibles. Se ha creado alguna sección nueva, como es la de motores y la

de aviación. Ambas secciones — «Motores de explosión» y «Aeronáutica» — han logrado una matrícula crecida.

Además, hemos dado mayor amplitud a la Escuela de pre-Aprendizaje, doblando aproximadamente sus efectivos escolares y acentuando su carácter de escuela de orientación profesional, a fin de auxiliar a los alumnos comprendidos entre doce y catorce años a elegir un oficio, por métodos científicos.

También hemos introducido la novedad de dar entrada en la Escuela a las muchachas de esa misma edad, a fin de que puedan orientar sus aficiones, no sólo hacia los oficios clásicos de mujer, sino también hacia ciertos oficios artísticos y hacia los de pequeña mecánica, como son relojería, bisutería, etcétera.

Creo que esta innovación ha de tener un gran éxito, pues son incontables las peticiones de inscripción en la matrícula abierta al efecto.

La mujer catalana se ha incorporado en masa a la gran batalla contra el fascismo, y quiere, por todos los medios, contribuir al esfuerzo colectivo y ser útil en el máximo grado posible.

La carta colectiva de los obispos facciosos

Réplica, por José Manuel Gallegos Rocaflull, Canónigo de la Catedral de Córdoba

(Continuación)

8) Respondemos a un reparo que una revista extranjera concreta al hecho de los sacerdotes asesinados y que podría extenderse a todos los que constituyen este inmenso trastorno social que ha sufrido España: «se refiere a la posibilidad de que, de no haberse producido el alzamiento, no se hubiera alterado la paz pública. A pesar de los desgracias de los rojos —leemos— queda en pie la verdad de que si Franco no se hubiera alzado, los centenares o millares de sacerdotes que han sido asesinados hubiesen conservado la vida y habrían continuado haciendo en las almas la obra de Dios».

¿Qué contestan los Obispos a este terrible reproche que les lanza el mundo civilizado? Porque es una verdad palmaria que antes de la rebelión militar fué respetada en absoluto la vida de todos los sacerdotes y que, si después fueron muertos, su muerte fué debida a que el pueblo, equivocadamente o con razón, los creía aliados y cómplices de los militares sublevados. Más aún, los días en que sucumbieron en Madrid mayor número de sacerdotes fueron justamente aquellos en que empezaron a conocerse las primeras manifestaciones de los Obispos en favor de los rebeldes.

Los Obispos vuelven de nuevo a refugiarse en el habitual argumento de que había un «minucioso proyecto de revolución marxista», que es «cosa documentalmente probada», pero del que no aducen prueba alguna, como no sean las palabras que dijo por radio un dirigente anarquista. La documentación tenía que ser así, porque un año de guerra ha demostrado que no había proyectos de ninguna clase y el Gobierno ha tenido que improvisarlo todo, desde el Ejército hasta los más humildes servicios de retaguardia. En los primeros días, el

pueblo organizó su defensa como supo y pudo, y después los gobernantes han ido reorganizando con un esfuerzo titánico el resto de la nación, que los militares sublevados habían colocado en trance de muerte.

¡Pobres Obispos españoles, empeñados en la triste tarea de justificar el régimen que sirven, sin darse cuenta de que su actitud los convierte en encubridores y cómplices de los crímenes que no se atreven ni a condenar ni a evitar!

Los temores de los Obispos

Pese a su apasionada defensa, los Obispos están intranquilos. Se han ligado indisolublemente a la rebelión y miran con recelos el futuro. No es que les asusten las consecuencias que para el porvenir del catolicismo ha de tener su actitud partidista, ni el abismo que han abierto entre ellos y el pueblo, ni el abandono religioso en que se encuentran los fieles de las regiones gubernamentales, a los que sus Obispos se dirigen ahora por primera vez con una declaración de guerra al Gobierno bajo el cual viven estos fieles.

Su recelo nace de la suerte que pueda caberle a la Iglesia, aun en el caso de que la rebelión triunfe. «Cuanto a lo futuro —confiesan— no podemos predecir lo que ocurrirá al final de la lucha». Es decir, que están haciendo correr a la Iglesia una aventura de la que podrá salir bien o mal librada. Y no ahuyenta sus temores la funesta influencia extranjera que pesa sobre los dirigentes de la rebelión. Sus palabras son tímidas, pero muy significativas. Confiamos —dicen— en la prudencia de los hombres de gobierno, que no querrán aceptar moldes extranjeros para la configuración del Estado español futuro. ¿En que apoyan su confianza? ¿No es ya sobradamente clara la influencia de alemanes e italianos? Y si hoy ya, en plena guerra, cuanto tanto necesitan de la ayuda de la Iglesia, han fusilado sacerdotes, destruido iglesias y casi exterminado a un pueblo católico, como el vasco, porque no ha querido sumarse a la rebelión, ¿qué harán mañana, cuando puedan prescindir de aliados molestos? ¿No es suficientemente claro el caso de Alemania?

Por otra parte, entre los mismos españoles que toman parte activa en la rebelión encuentran los Obispos motivos de inquietud. «La vida es más fuerte que los programas y un gobernante prudente no impondrá un programa que violenta las fuerzas íntimas de la na-

ción.» Hay, por la tanto, un programa que las violenta, y como estas fuerzas íntimas, según los Obispos, son ante todo la religión y el sentimiento tradicional, hay un programa de uno de los partidos rebeldes que va contra la religión y la tradición. Ante este peligro cierto, los Obispos no tienen más amparo que la vida y la prudencia de los gobernantes y apelan a ellas para que los requetés no sean aplastados por los falangistas. Los Obispos no ocultan sus simpatías por los primeros y escriben estas palabras en las que se traslucen una advertencia seria: «Seríamos los primeros en lamentar que la autocracia irresponsable de un Parlamento fuese sustituida por la más terrible de una dictadura desarraigada de la nación. Abridnos la esperanza legítima de que no será así... Sería un error quebrar la trayectoria espiritual del país, y no es de creer que se caiga en él.» ¿Conseguirán los Obispos con sus lamentaciones y sus esperanzas detener el violento empuje de los falangistas?

Por lo pronto, fuera de los partidos, el panorama que descubren los Obispos españoles no es nada halagüeño. «No queremos aventurar ningún presagio —dicen—. Nuestros males son gravísimos. La relajación de los vínculos sociales; las costumbres de una política corrompida; el desconocimiento de los deberes ciudadanos; la escasa formación de una conciencia íntegramente católica; la división espiritual en orden a la solución de nuestros grandes problemas nacionales; la eliminación por asesinato cruel de millares de hombres selectos llamados por su estado y formación a la obra de la reconstrucción nacional; los odios y la escasez que son secuelas de toda guerra civil; la ideología extranjera sobre el Estado, que tiende a descajarle de la idea y de las influencias cristianas, serán dificultad enorme para hacer una España nueva, injertada en el tronco de nuestra historia y vivificada por su savia».

He aquí, pues, la confesión de que aun en el caso problemático de una victoria de los suyos, los Obispos no están seguros de que se realizarán sus deseos. Se han metido en la lucha sin la elemental seguridad de que la Iglesia será respetada. Desde ahora tienen ya que suplicar, esperar, amenazar, para que el eventual triunfo no se vuelva contra ellos. Todos sus juicios los emiten con un gran temor de equivocarse. En eso, por lo menos, son discretos. Pero —y esta es la gran consecuencia que nos importa destacar— cuando se formula un juicio con toda clase de reservas porque se corre el riesgo de equivo-

LA GUERRA EN ESPAÑA

Del interesante folleto de Louis Fischer "The War in Spain", traducimos y extractamos las siguientes páginas:

La actual insurrección militar contra el Gobierno legítimo constituye una tentativa para destruir las fuerzas que emprendieron la tarea de hacer de España una nación moderna y progresiva.

Con la caída de la monarquía en 1931, se intentó ahuyentar la Edad Media e introducir el siglo XX en España. La burguesía ilustrada, los intelectuales, los obreros y los campesinos, se unieron para limpiar el país de su pasado medievalismo. La Casa de Borbón, físicamente anormal y moralmente disgregada, incapaz de la menor resistencia, se dejó barrer de la Historia; los varones feudales aceptaron la forma republicana para poder destruir su contenido. Se opusieron a todas las reformas que pudiesen apaciguar la agitación social e hicieron subir el precio de la vida. Nada había tan perentorio como mejorar la suerte de los trabajadores del campo, que vivían de un modo miserable en un estado cercano al hambre. La República tenía que cambiar esta situación. Se encontró con una España agrícola en un setenta y dos por ciento; con un país de ricos ociosos, de grandes propietarios y de campesinos ahogados por la miseria. Un uno por ciento de sus habitantes poseía el 51,5 por 100 del suelo, mientras el 40 por 100 no poseía absolutamente nada.

La diferencia entre la clase alta y la baja era muy grande. Millones de hombres no tenían el menor trozo de tierra que cultivar, mientras que, todavía en 1936, el duque de Medinaceli poseía 79.250 hectáreas; el de Peñaranda, 42.260; el de Alba, 36.298; el de Lerma, 10.352 y el marqués de Comillas, 17.331.

Así se podría dar la lista de los latifundistas, con o sin título, a los que sus tierras producían lo suficiente para vivir con todo lujo, mientras sus obreros agrícolas arrastraban una existencia humillante. En gran número de provincias españolas estaba prohibido el uso de máquinas agrícolas; apenas se intensificaban las construcciones hidráulicas.

La República tenía necesidad de actuar rápidamente para resolver este problema. Don Manuel Azaña, en el mes de marzo de 1934, decía: «La Reforma agraria es el problema más importante de la República». Explicaba que los grandes terratenientes habían opuesto tenaz resistencia a las reformas políticas, económicas y religiosas. Mientras estuvo en el Poder, el señor Azaña decretó una ley para aumentar los salarios de los obreros agrícolas. En cuanto fué sustituido por los reaccionarios, los salarios fueron otra vez disminuidos. Los republicanos, para reducir el paro emprendieron obras públicas. Sus sucesores las interrumpieron. El 7 de marzo de 1934, Largo Caballero, más tarde Presidente del Consejo, decía: «España ha recibido bajo la República la mejor legislación social del mundo. Pero el Gabinete Lerroux la ha reducido casi a la muerte». Lo que un ministro republicano hacía era inmediatamente deshecho por el monárquico disfrazado que le sucedía.

Los aristócratas, los latifundistas y los jefes militares no se han dado cuenta de que unas reformas moderadas, apaciguando a las clases humildes, podían salvar a las clases dirigentes. Permanecieron sordos al llamamiento que para resolver los problemas de España había suscitado la República.

En las elecciones del 16 de febrero de 1936, seguidas de las elecciones parciales de primero de marzo, el programa del Frente Popular consiguió 4.206.156 votos contra tres

millones 783.601 de los partidos de derecha y 681.047 de los del centro (después de la insurrección, buen número de los partidos del centro se unió a los leales). En las Cortes, los puestos se repartieron de la siguiente manera:

258 del Frente Popular; 152 las Derechas, y 62 del Centro.

El Frente Popular consiguió esta victoria, a pesar de que grandes grupos apolíticos, que constituyen ahora un sostén de la República, se abstuvieron de votar. Venció, a pesar de que las elecciones se hicieron bajo un Gobierno reaccionario; a pesar de la oposición abierta y vigorosa del alto clero católico, manifestada hasta tal extremo que durante la propaganda electoral, el obispo de Barcelona, por ejemplo, declaraba: «Es un pecado votar al Frente Popular. Votando al candidato conservador, votáis a Cristo». El arzobispo de Toledo recomendaba a su grey que «votasen a los candidatos católicos para complacer al Santo Padre».

No obstante estas formidables desventajas, el Frente Popular triunfó, e inmediatamente se formó un nuevo Gabinete, compuesto exclusivamente de republicanos burgueses, liberales, pero sostenido por socialistas y comunistas. Manuel Azaña fué otra vez Presidente del Consejo de ministros. El nuevo Gobierno fué llevado al Poder por la ola inmensa del descontento obrero y campesino. El pueblo exigía medidas radicales para mejorar su suerte. Pero los reaccionarios se negaron a darse cuenta de esta situación.

Cuando Azaña volvió a la Jefatura del Gobierno, su posición era muy sólida; no era solamente el aliado de los socialistas y de los comunistas, sino que representaba, a la vez, la última esperanza de la burguesía.

Las primeras medidas adoptadas

para resolver el problema de los campesinos, estuvieron encaminadas a paliar la situación de los yunteros extremeños. En unos dos meses se legalizó la de 41.499 yunteros que se habían establecido en 1.502 propiedades, en una superficie de 105.090 hectáreas en la provincia de Badajoz, y 24.702 en 948 propiedades, en una superficie de 59.601 hectáreas, en Cáceres.

A raíz de haberse tomado estas medidas, visitando algunos pueblos de Extremadura, saqué estas conclusiones: los yunteros estaban contentos de tener tierras, se habían vuelto más optimistas y esperaban lograr más, así como empréstitos del Estado que les permitieran procurarse aperos y animales. Ya no sentían inclinados a hacer actos de violencia o de disgusto. La Reforma agraria de Azaña, instaurada primeramente en las provincias donde la situación era más crítica para aportar alguna enseñanza a los campesinos, iniciaría, sin duda, en los campos, una era de paz y equilibrio. Sea cualquiera la marcha de los acontecimientos, los campesinos no se dejarían echar de sus tierras, como lo habían hecho bajo los Gobiernos reaccionarios. Seguirían manteniendo el Frente Popular y situándose contra los políticos de derechas.

Los grandes terratenientes, por su partes desaprobaban totalmente las reformas establecidas, por moderadas que fuesen. Los señores feudales estaban influidos por el antiguo concepto de la propiedad privada, que no admitía la menor concesión; rezumaban amargura hacia el Gobierno del Frente Popular y contra los campesinos. Los reaccionarios, compuestos por los grandes propietarios, la Iglesia, los monárquicos y algunos grandes industriales, estaban deprimidos, asustados y desorganizados. Su principal esperanza fué puesta, por el momento, en un

golpe de Estado operado con la ayuda de las fuerzas armadas.

En la primavera de 1936, todo el mundo hablaba de un posible levantamiento de las derechas. El golpe de Estado militar, largo tiempo esperado y preparado para provecho de la reacción, tuvo lugar el 17 de julio de 1936. Tras la revuelta, se habían reunido cuatro fuerzas: el ejército, los grandes propietarios, los grandes industriales y la Iglesia. Recibieron la ayuda del fascismo italiano y del alemán. Una sola potencia les resistió: el pueblo español.

Según uno de los más dignos estudios aparecidos en Madrid en 1932, y citado en el informe sobre España, publicado por la Asociación de Política extranjera, con fecha 12 de enero de 1937, el número de grandes propietarios que poseían más de 250 hectáreas, no pasaba de 15 ó 20.000. Estos dejaron transformarse en pastos, magníficas tierras laborables, y cuando el Instituto de Reforma Agraria les instaba a que renunciaban a estos procedimientos, se quejaban generalmente, alegando que el Gobierno quería la muerte de sus rebaños. Los grandes propietarios extraían del suelo el máximo rendimiento y le devolvían el mínimo. La producción media de trigo era de 806 kilos por hectárea, es decir, cuatro veces menor que lo que producen las otras naciones de Europa. Durante años y años no vino a ayudar a la agricultura ninguna imposición de capitales. Los propietarios estaban administrados por hombres que hacían a la vez el papel de jefes políticos en los pueblos y expurgaban los sufragios el día de las elecciones.

El Ejército español, en el momento de la proclamación de la República, tenía 21.000 oficiales, es decir, casi tantos como en Alemania antes de

(Continúa en la página siguiente)

carce, en realidad no se hace más que lanzar una opinión. Y si los Obispos opinan en una materia, que, si no hubiera otras razones, por este solo hecho sería ya opinable, su opinión no obliga a los católicos, que quedan en plena libertad para tener una opinión distinta de la de sus Obispos. Más aún: puesto que tan sólo opinan, no están ejerciendo su magisterio y, por tanto, no hablan como Obispos. En rigor, la carta no es de los Obispos españoles, ni de unos señores que se llaman Isidro, Eustaquio, Prudencio... que da la casualidad de que son Obispos de España. Triste casualidad, porque sin ser tan decisiva que prive a los fieles de su libertad, es lo bastante poderosa para comprometer a la Iglesia, haciéndola, en sus genuinos representantes, enemiga del pueblo y partidaria de los militares rebeldes.

Las rectificaciones de los Obispos

Como hablan de lo que no aciertan a ver claramente, no es nada raro que se equivoquen y se vean obligados a rectificar. No una, sino varias rectificaciones hacen ya al famoso escrito que publicó el Cardenal Gomá, con el título de «El caso de España». En él hacía el Cardenal de Toledo estas tajantes afirmaciones: «en el fondo se debe reconocer en ella (en la guerra), el espíritu de una verdadera cruzada por la religión católica». «Quita la fuerza del sentimiento religioso y la guerra actual no tiene nervio». «La guerra estaría perdida para los rebeldes sin el estímulo divino que ha hecho vibrar el alma del pueblo cristiano enrolado en la guerra».

Ahora, en el escrito, que firma el primero el mismo Cardenal Gomá, rectifica abiertamente y reconoce que no se trata de una cruzada ni la Iglesia quiere la guerra. Sus palabras son: «La Iglesia, aun siendo hija del Príncipe de la paz, bendice los emblemas de la guerra, ha fundado las Ordenes militares y ha organizado cruzadas contra los enemigos de la fe. No es este nuestro caso. La Iglesia no ha querido esta guerra, ni la busca. Todavía habría que añadir para que la verdad no resultara mutilada, que la Iglesia ni la ha querido antes, ni la quiere ahora, ni la buscó antes, ni la sostiene ahora. Porque esa es la auténtica posición de la Iglesia, aunque no la compartan los Obispos españoles. Precisamente porque no lo proclaman sin emboscos les resultará tan difícil probar que «falsa la realidad quien la acuse de haber provocado esta guerra o de haber cons-

pirado para ella y aun de no haber hecho cuanto en su mano estuvo para evitarla». ¿Cómo van a convencer a nadie cuando su misma carta es uno de los mayores actos de beligerancia de la presente guerra? Pero no está mal que rectifiquen. Eso demuestra una inquietud de conciencia que quizá mañana les lleve a nuevas rectificaciones.

También rectifican el número de sacerdotes víctimas de la revolución. Se dijo en un principio que habían sido 16.000. Aseguró después el Cardenal Gomá en unas declaraciones que dieron la vuelta al mundo entero, que habían sido más de 10.000 y ahora afirman, sin atreverse a dar la cifra como exacta, que serán unos 6.000. ¿Es esto serio? ¿No habría que tener más respecto para la sangre derramada y no traerla y llevarla como argumento político?

Hay también una leve rectificación en la actitud de los Obispos respecto al legítimo Gobierno. Ahora ya reconocen que se esfuerza en imponer el orden y la seguridad. «El bando contrario —dicen— a pesar de todos los esfuerzos de sus hombres de Gobierno, no ofrece garantías de estabilidad política y social». La rectificación sería mucho más completa si los Obispos pensaran que el principal obstáculo para que tengan plena eficacia esos esfuerzos del Gobierno es precisamente la rebelión militar que ellos fomentan.

¿Se acabarán aquí las rectificaciones? ¿No tendrán que escribir dentro de seis meses una nueva carta en la que rectifiquen algunas de las afirmaciones que ahora hacen? Porque están en una pendiente inclinada que les hace ir mucho más lejos de lo que ellos piensan. Así, casi a renglón seguido de haber escrito: «por la natural exigencia de la defensa y por consideraciones de carácter internacional, han venido en ayuda de la España tradicional armas y hombres de otros países extranjeros», añaden: «el movimiento nacional ha determinado una corriente de amor que se ha concentrado alrededor del nombre y de la sustancia histórica de España, con aversión de los elementos forasteros que nos acarrearon la ruina». ¿No se percatarán mañana de que esos elementos forasteros que los arruinan son los mismos que han venido en ayuda de la España tradicional?

Y en otro orden de cosas, ¿es que realmente se ha producido «en el alma nacional una reacción de tipo religioso, correspondiente a la acción nihilista y destructora de los sin Dios»? Porque, ¿qué tienen que ver

con la religión la exhibición, el fanatismo, el boato oficial, la agresividad con que en la zona de los rebeldes se practica el culto? ¿Es religión obligar a los presos a que comulguen, llevar grandes cristos entre cartucheras y pistolas, beatificar al general Mola exterminador de los vascos, llenar los pechos de los moros de escapularios y medallas, entrelazar en las postales la Virgen del Pilar con el general Franco y convertir las obligaciones religiosas en meros deberes políticos?

Quizá mañana no piensen los Obispos como hoy, que han visto «una explosión de verdadera caridad que ha tenido su expresión máxima en la sangre de millares de españoles, que la han dado al grito de «Viva España», «Viva Cristo Rey»; porque esa sangre pertenecía en muchos casos a militares que, faltando a su palabra de honor, se habían sublevado contra su legítimo Gobierno, y morían empuñando las armas con que habían matado a hermanos suyos. ¡Explosión de caridad la traición y el asesinato! Una nueva rectificación que tendrá que venir».

Como tampoco podrán sostener mañana la primera de las conclusiones de su carta: «La Iglesia —escriben— a pesar de su espíritu de paz y de no haber querido la guerra, ni haber colaborado en ella, no podía ser indiferente en la lucha, sino que tenía que desear «el triunfo del movimiento nacional». La Iglesia no podía ser indiferente en la lucha, porque tenía que haberse sentido desgarrada y herida por la guerra que se hacían sus hijos, porque tenía que haber comprendido que sus negligencias y debilidades pasadas eran una de las causas de la guerra presente; porque su espíritu de caridad y de sacrificio le había de llevar a interponerse entre los combatientes para evitar la muerte de tantos hijos suyos y la destrucción de la patria; porque debía mantenerse siempre fiel a su doctrina y sometida al poder legítimo aunque la persiguiera y la martirizara; porque había llegado el gran momento de recristianizar al pueblo viviendo y muriendo con él cuando era asesinado por militares y moros, italianos y alemanes. No, la Iglesia no podía ser indiferente en la lucha sin negarse a sí misma; pero al salir de su indiferencia se sumó a la rebelión, siendo el primer caso que registra la historia del cristianismo y un escándalo que todas las rectificaciones de los Obispos no podrán ya disipar.

(Continuará)

La guerra en España

(Continuación)

la Gran Guerra; 21.000 oficiales para 130.000 hombres. Había un general por cada 150 soldados. El ejército absorbía el 30 por 100 del presupuesto nacional. La reflexión hecha en 1870 por John Hay, de que el ejército español, desde el general hasta el cabo, está siempre dispuesto a conspirar, permanecía igualmente cierta sesenta años más tarde. El ejército estaba corrompido, incapaz, y era leal solamente al Gobierno que defendía los intereses de la clase de que sus oficiales procedían.

Sin embargo, gran número de extranjeros que escarnecen a gritos a los que ellos acusan de querer fomentar revoluciones, han simpatizado con los rebeldes y les están ayudando. Los defensores del orden y de la Ley desaprueban los ataques violentos contra regímenes que les sirven, pero aplauden la insurrección militar española contra un régimen que no les gusta.

Desde el comienzo de la insurrección militar, la Iglesia católica de España se ha puesto al servicio de los rebeldes. Algunos sacerdotes, en el territorio gubernamental, se mantienen firmemente al lado del Poder legítimo, y, en el País Vasco, los católicos en masa mostraron su hostilidad contra Franco.

Si se considera la historia de la Iglesia católica en España, hubiera sorprendido cualquiera otra actitud por su parte. Bajo la monarquía, la Iglesia era una institución erigida en una rama de Gobierno, y todos los sacerdotes estaban adscritos al presupuesto del Estado. El cuidado de la educación del país estaba encomendado casi exclusivamente a la Iglesia. Sin embargo, durante la monarquía, en algunas provincias había un sesenta o un setenta por ciento de analfabetos. La Iglesia católica de España se contaba entre los más ricos propietarios del país, y representaba una enorme acumulación de capitales. Su situación en el interior del Estado y su actividad comercial, regulaban sus simpatías políticas. Estas, a su vez, determinaban la actitud del pueblo hacia ellas. Se la consideraba, en suma, como uno de los engranajes del sistema gubernamental.

Al comienzo de su existencia, la República continuó pagando subsidios reducidos a la Iglesia durante algún tiempo. Pero le retiró sus privilegios y se secularizó la enseñanza. Estas son las condiciones que rigen en la mayor parte de los países occidentales, aceptadas por todos los católicos; sin embargo, bastaron en España para que la Iglesia se alzara de una manera irrevocable contra las fuerzas liberales de la República, desde el día de su advenimiento hasta la rebelión de Franco. Cuando los generales se rebelaron, el clero hizo causa común con ellos: desde el comienzo de la guerra civil, los obispos han bendecido a las tropas de Franco; sacerdotes uniformados han empuñado las armas contra los españoles leales y Franco ha utilizado las iglesias como fortalezas y depósitos de material de guerra. Estos hechos, apoyados por gran número de documentos, no son negados por nadie.

El Vaticano ha aprobado la rebelión de Franco contra la autoridad constituida.

Esta actitud de la Iglesia católica perjudicará al catolicismo español, cualquiera que sea el vencedor de la guerra civil.

El clero católico toma parte en las batallas de Franco a sus propias expensas; Franco será en la Historia el hombre que ha bombardeado la población civil de Madrid, y para la católica región vasca, el que ha destruido sus tradiciones y ha llevado al territorio de su Patria odiados moros y tropas extranjeras; se le conocerá como el general que ha dirigido una rebelión cuyas consecuencias constituyen la ruina de vastos territorios, la muerte de mu-

chos cientos de miles de hombres, mujeres y niños. España no se lo perdonará, y tampoco perdonará a los clericales que le han defendido. Las manos de Franco están manchadas de sangre; el clero católico las sostiene. Ocurra lo que ocurra, la Iglesia católica de España habrá perdido la partida.

Expresando esta opinión en términos comedidos, el «Catholic Herald», de Londres, escribía el 21 de agosto de 1936: «La Iglesia no ganará nada con volver al Poder tras las bayonetas de Franco. Sólo un renacimiento y una purificación espirituales podrán salvar al catolicismo en España.» Hay razones para dudar de que el clero español, capaz de arrastrar a sus discípulos al campo faccioso, sepa realizar un esfuerzo espiritual de tal magnitud. El protestantismo, que tenía algunos representantes en España, a los que Franco ha perseguido, quizá pueda, una vez vuelta la paz, beneficiarse de la situación. Pero, en general, la Iglesia católica sufrirá. La ayuda prestada al rebelde Franco por los sacerdotes, ha conmovido desfavorablemente a muchos católicos sinceros.

La alianza de la Iglesia, del ejército, de los industriales y de los grandes propietarios, representaba una minoría. Nada podía haber de común entre Franco y los millones de campesinos mal alimentados, o entre Juan March, el socio capitalista de Franco, y los obreros. La casi totalidad de los habitantes de España no tenía motivos de agradecimiento para con los señores feudales, los generales o los obispos.

El terrorismo fascista en Francia

Ha sido hallada una bomba en el domicilio del general Pretelat

PARIS. — Ayer mañana fué encontrada una bomba en el domicilio del general Pretelat, miembro del Consejo Superior de Guerra.

Inmediatamente se dió cuenta del hallazgo al laboratorio municipal, que recogió el artefacto, evitando así su explosión.

La bomba será examinada inmediatamente por los peritos.—Fabra.

Labor cultural del Gobierno de la República

El Ministerio de Instrucción pública controla el mantenimiento y la educación escolar de miles de niños evacuados de las zonas de guerra

Una de las constantes preocupaciones del Gobierno de la República ha sido, desde el comienzo de la guerra, que impuso la sublevación fascista, la de alejar de las zonas de peligro a los niños y atenderlos con el cuidado que la infancia merece.

No se ha limitado esta atención a tener a los niños apartados del peligro, sino también proporcionarles los medios de subsistencia y los elementos necesarios para instruirlos en una perfecta educación escolar.

Actualmente funciona, dependiente del Ministerio de Instrucción pública, el Consejo Nacional de la Infancia Evacuada, encargado de la

Francia, Inglaterra y la No Intervención

La ayuda clandestina italoalemana a los rebeldes no puede ser de gran utilidad; la ayuda franca es difícil

(De nuestro corresponsal diplomático)

LONDRES, miércoles.—No hay nada de verdad en los informes relativos al envío a España de grandes refuerzos italianos, aunque esto no quiere decir que no se vayan a mandar más.

Hasta hace poco tiempo, se tenía absoluta confianza en Roma y Berlín en que a la caída de Bilbao seguiría la de Madrid con pocas semanas de diferencia y en que la guerra terminaría con la victoria de los rebeldes antes del invierno. La piratería en el Mediterráneo tenía, sin duda alguna, como principal objetivo acelerar la victoria final cortando los suministros esenciales a la España leal.

Pero la piratería ha terminado y los rebeldes, muy lejos de lograr el ataque a Madrid, no han podido completar la conquista de Asturias; los mineros de Oviedo resisten aún. Después de la conferencia de técnicos navales que comienza el lunes en París, las patrullas de navíos y aeroplanos italianos tendrán el privilegio de escoltar a los buques mercantes rusos hasta el límite de tres millas de Valencia, en tanto que los *destroyers* de Italia podrán defender a los barcos mercantes italianos contra los submarinos de igual nacionalidad.

Interés de Italia en la victoria de los rebeldes

Italia está aún tan interesada como siempre en la victoria de los rebeldes, tal vez más que nunca, pues se ha presentado al público italiano la guerra española como una verdadera guerra italiana, en la cual están grandemente comprometidas las tropas del *duce*. Alemania también tiene interés en el triunfo de los insurrectos, si bien menos que Italia; los periódicos germanos no hablan de la presencia de tropas alemanas en España.

¿Qué hará Italia ahora? Hitler y Mussolini hablarán seguramente de España cuando se reúnan. Pero no vemos cómo pueden hacer Italia y Alemania que Franco gane la guerra antes del invierno, a menos que le envíen refuerzos, pues reanudar la piratería es imposible. Pero la actitud de Francia respecto a la «intervención» se ha hecho mucho más firme. Está dejando de ser una cuestión de «Izquierda» o de «Derecha» para convertirse en problema que afecta a la seguridad nacional.

La apertura de la frontera francesa no sería suficiente para contrarrestar un renovado esfuerzo intervencionista germanoitaliano. Y, sin duda, el hundimiento total de la «no-intervención» no produciría sino ventajas a los italianos y los ale-

manes (y, por tanto, a su *protégé* el general Franco) a no ser que fuese acompañado de positivas medidas preventivas por parte de los franceses.

La actitud británica

La actitud británica respecto a la intervención no es quizá tan firme como la francesa, pero habría seguramente, ahora, aquí mejor disposición a apoyar a Francia en cualquier acción que se preparase a emprender, que hace unos meses, merced, principalmente, al progreso realizado en ambos países en materia de armamento y a la creciente solidaridad entre ellos. Reconócese aquí que el propósito inmediato de una acción combinada sería la defensa de la seguridad en el Mediterráneo occidental, que es de vital interés para las dos potencias. Sin embargo, aun se cree en Inglaterra que no se han agotado las posibilidades de la «no-intervención» y habría que vencer alguna resistencia para recurrir a otra política. Pero los límites de lo que se puede tolerar dentro de la «no-intervención» han sido ya casi excedidos y hay un punto en el que esa «no-intervención» tiene que perder todo su sentido. Todavía no hemos llegado a él, pero pudiera alcanzarse si Italia y Alemania estuvieran decididas a hacer que Franco triunfase este año.

Italia y las patrullas del Mediterráneo

La participación de Italia en las patrullas del Mediterráneo es bien recibida en Londres y en París. Créese que las conversaciones angloitalianas que empezarán este Otoño tienen ahora más probabilidades de buen éxito que hace unas semanas. Pero no es posible ningún acuerdo efectivo angloitaliano en tanto que Italia mantenga su intervención en España, así como tampoco puede llegar Inglaterra a una inteligencia con Alemania mientras ésta intervenga en la guerra española.

Cada vez se aprecia con más claridad en Gran Bretaña que el problema de España y de la seguridad en el Mediterráneo occidental es vital. La tesis de que Italia y Alemania sólo persiguen combatir el seudo «bolchevismo» en España no resiste el menor examen crítico. Intencionado o no, la acción emprendida por Alemania e Italia en el Mediterráneo occidental es inamistosa para Inglaterra y Francia. Los intereses de ambas potencias han sido hasta ahora defendidos por la política de no-intervención, pero si esa política estuviese condenada al fracaso habría que seguir defendiéndolos.

(«The Manchester Guardian».—23-IX-37)

nan bajo una perfecta organización escolar. Por ello cada una de aquellas tiene como director responsable a un maestro nacional; y el personal —además del encargado de los servicios domésticos— está integrado por profesores y auxiliares docentes, en número que varía según la cantidad de niños acogidos.

En la moderna constitución de las Residencias, se procura evitar las aglomeraciones de niños que pudieran dificultar la atención hacia cada uno de ellos y que constituirían, a la vez, un peligro en el orden sanitario. El promedio del número de niños acogidos en cada Residencia es el de unos cincuenta.

También se tiende a extinguir las colonias de régimen familiar que, surgidas en los comienzos de la guerra y en las que los niños recogidos individualmente o por pequeños grupos en casas particulares, vivían sin el necesario control de las autoridades académicas. Todos esos niños van ahora pasando a las Residencias colectivas del Ministerio de Instrucción pública.

El número de Residencias en actual funcionamiento, es elevado. Miles y miles de niños, reciben los beneficios que en justicia les otorga la República distribuidos en los muchos lugares que a este fin funcionan en las provincias de Valen-

cia, Alicante, Castellón, Murcia, Albacete, Cuenca, las zonas leales de Aragón y en toda Cataluña.

Pero como la labor del Ministerio de Instrucción y el Consejo Nacional de la Infancia Evacuada es incesante, se crean de continuo nuevas Residencias en todas las zonas de retaguardia de la España republicana.

Con la misión de inspeccionar constantemente el estado sanitario de los niños evacuados, actúa una sección de médicos que, dependientes del Ministerio de Instrucción pública, se encargan de visitar diariamente las Residencias instaladas en cada demarcación.

Así queda asegurada también en dichas Residencias, la normalidad del estado de salud de los niños y la inmediata intervención facultativa cuando ésta sea necesaria.

Con toda esa organización móvil, en la que no faltan tampoco la sección deportiva ni las representaciones de teatro infantil y proyecciones de cine cultural, quedan atendidos en todos los órdenes de la vida estos miles de niños a los que la labor constructiva del Gobierno de la República incluye entre una de sus atenciones pre-